

VIOLETA Y LAS FLORES DE PAPEL

CUENTO BASADO EN LA TRADICIÓN ANDINA DE "TODOS SANTOS"



COLOMBA ELTON D.

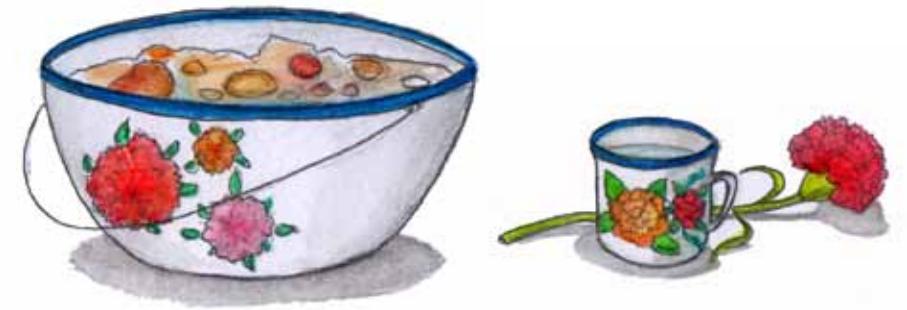
EDITORIAL

VIOLETA Y LAS FLORES DE PAPEL

INFORMACIÓN EDITORIAL



A mis Violetas, a Uma y a todos mis muertos.

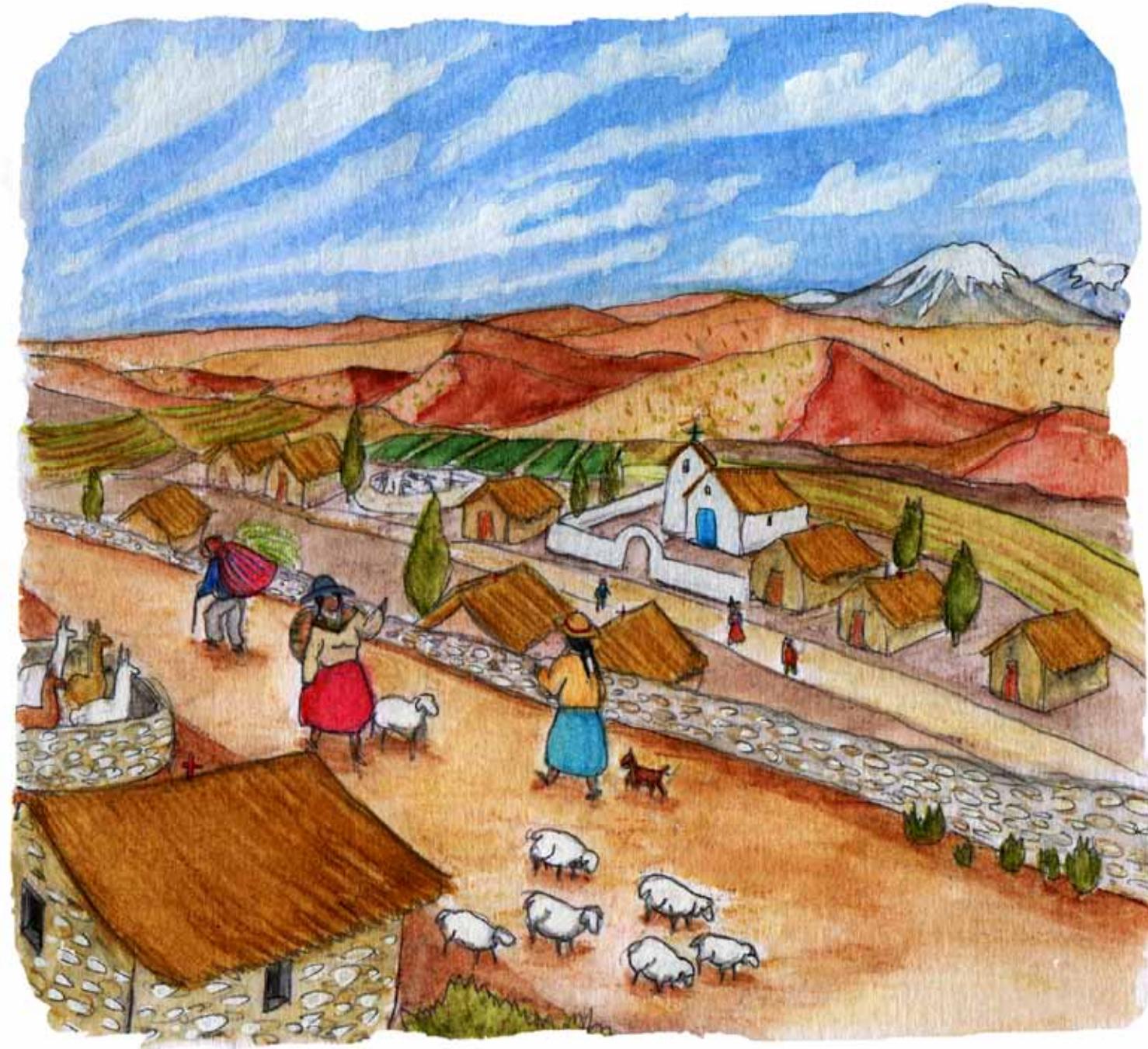


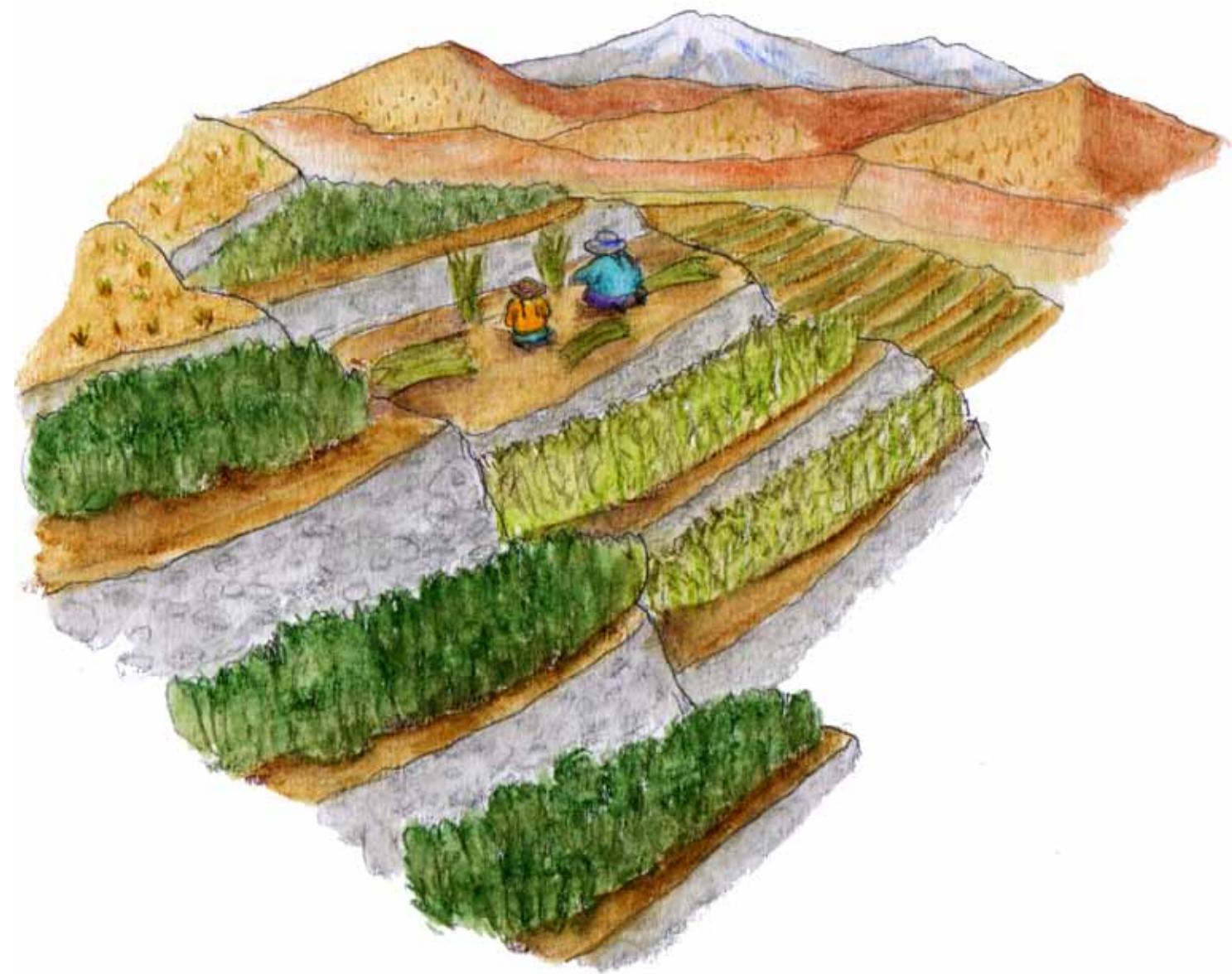
Entre volcanes nevados, bajo nubes luminosas, rodeada por el desierto y verdes vegas pintadas de alpacas, vivía Violeta.

Violeta era una niña de mejillas coloradas y largas trenzas negras.

Su pueblo, escondido en las alturas de la Cordillera de Los Andes, era como todos los pueblos andinos: tranquilo, solitario y hermoso.

Y Violeta amaba su pueblo, su vida, su pequeña comunidad donde todos eran vecinos, parientes, amigos.





Violeta creció con sus padres y su abuela María, quien le enseñó todo lo que debía saber: cómo sembrar y regar en las terrazas, dónde era bueno pastear el ganado, cómo hilar y teñir la lana, y de qué forma tostar el maíz y freír las churrascas.

La abuela María además era muy buena contando historias. En las noches, cuando se sentaban en torno al fuego, ella le contaba a Violeta cómo se vivía en los tiempos antiguos y de las costumbres de entonces que aún se practicaban en el pueblo, a pesar del paso implacable de los años.



A Violeta le gustaba en especial una costumbre de su pueblo, la de Todos Santos, o el día de los muertos, como le llamaban en otras partes.

“Háblame de Todos Santos”, pedía Violeta a su abuela.

La abuela sonreía y mientras echaba más leña al fuego comenzaba su relato:



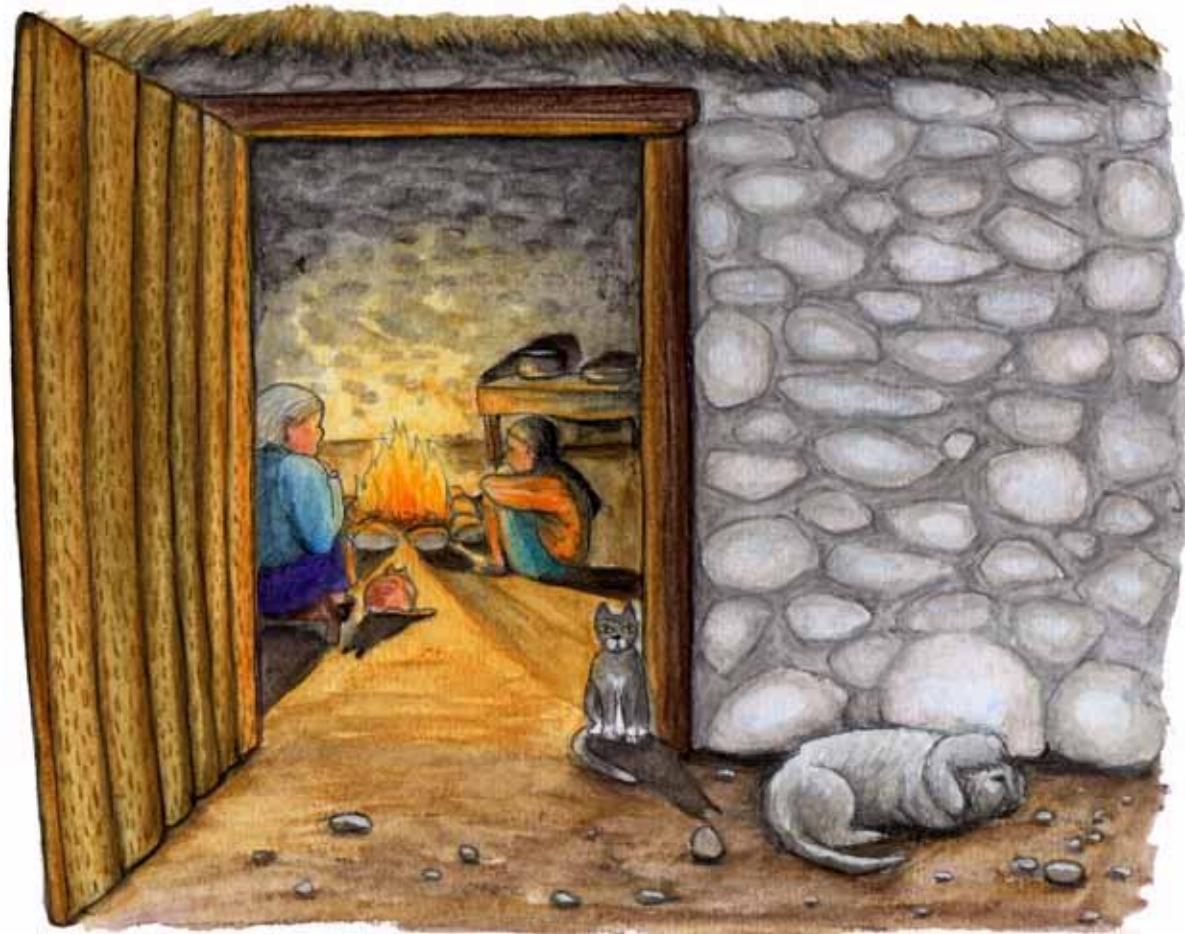
“Esta es una costumbre muy antigua Violeta. Mi abuelo solía contar que el mes de noviembre era el mes de los muertos desde los tiempos del Inca, y que desde esa época, en todos los pueblos de Los Andes, se celebra a las almas con comida y se adornan las tumbas.

Yo de niña escuchaba que las almas vienen con hambre, por eso se les espera con las mesas servidas. Se pone la mesa bien bonita, con todo lo que a los difuntos les gustaba comer en vida: caldo, patasca, vino, panes, churrascas, todo en abundancia, para que no falte”.



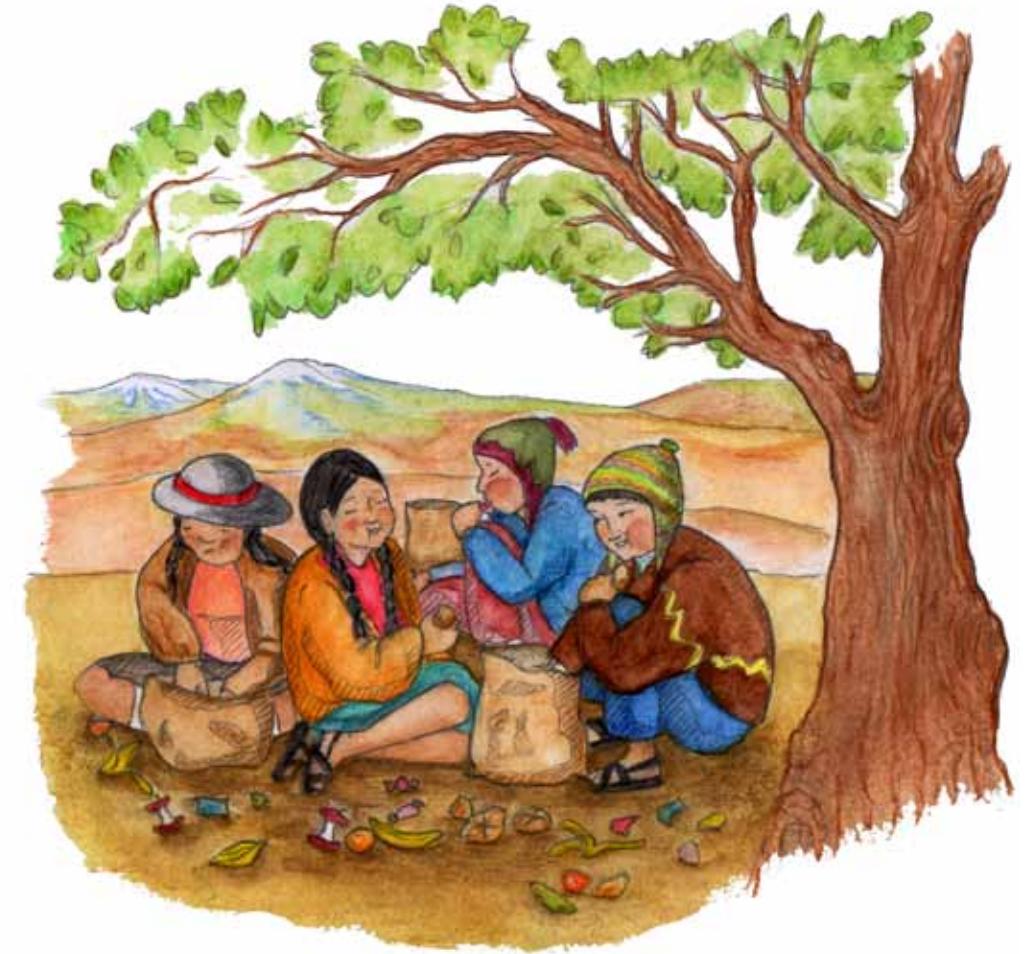
“¿Y cómo comen los muertos, abuela, si están muertos?”, preguntaba Violeta.

“Yo me pregunto lo mismo Violeta, pero no hay que pensar como lo hacemos siempre. Muchas veces la creencia no se explica, sólo se sabe, porque se siente. Lo que yo sé, es que en Todos Santos las almas comen a través de los vivos, por eso en cada casa, en cada mesa, se reparten y comparten los alimentos.”



“Yo he llegado a comer como diez platos de patasca en un día, sin saciarme”. Agregaba la abuela riendo.

“Sí, es verdad”, pensaba Violeta recordando la enorme cantidad de panes, golosinas y frutas que durante la fiesta juntaban los niños en sus sacos y que luego se iban a comer a la sombra de los perales.

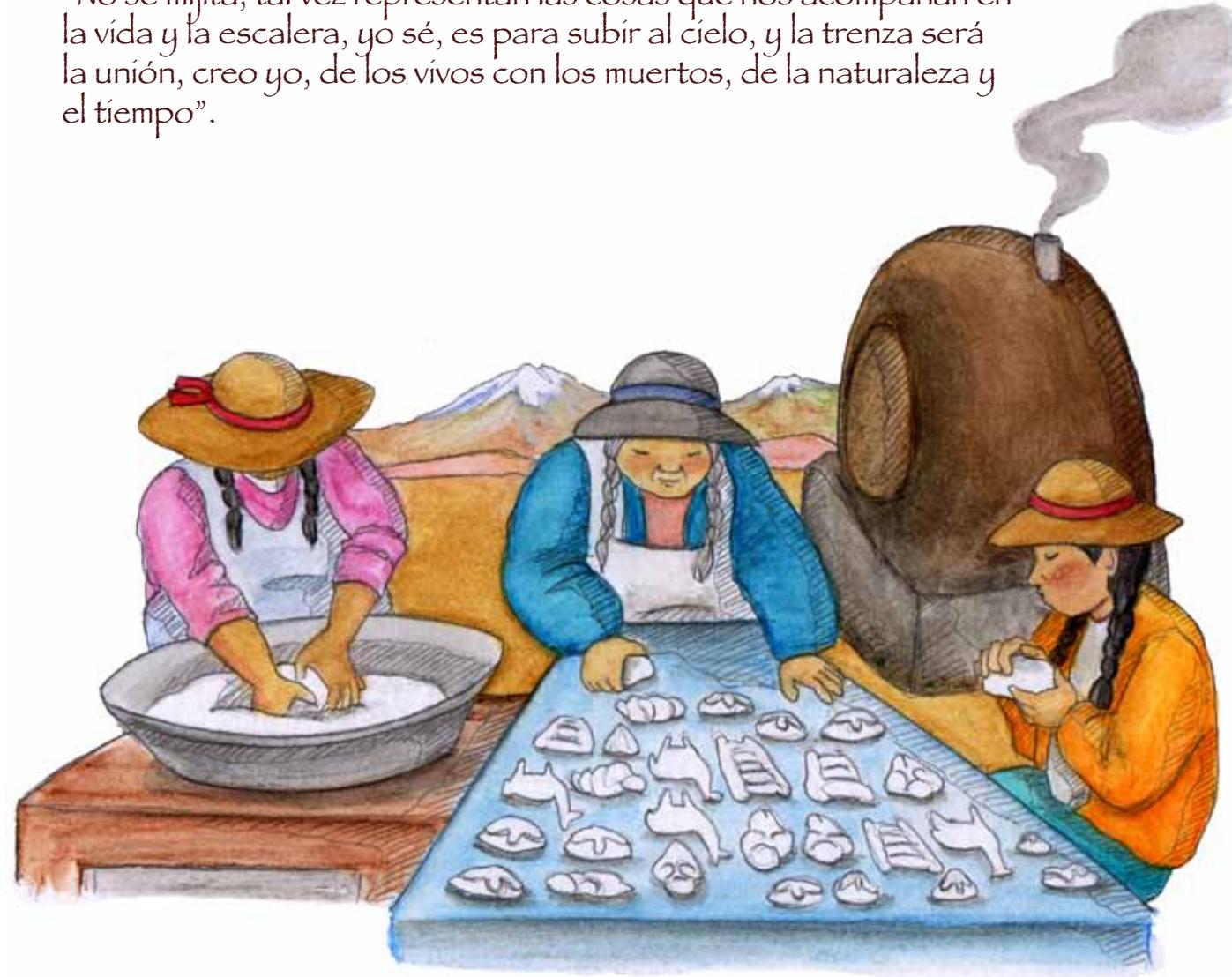


“Por eso nos preparamos días antes del 1º de noviembre. -Continuaba diciendo la abuela-. Amasamos el pancito, prendemos hornos, carneamos los animales, recolectamos la fruta. Desde que yo era chica se hacía así y me imagino que mis abuelos igual lo hacían. Ahora también algunos compran dulces y refresco en la ciudad, porque a los muertos les gusta el azúcar, dicen. Antiguamente se conseguía fruta no más y se amasaba el pan dulce: personas, guaguítas, escaleras, llamitos, zorros, trenzas, las mismas formas que moldeamos todavía”.



“Y por qué esas formas abuela”, preguntaba Violeta.

“No sé mijita, tal vez representan las cosas que nos acompañan en la vida y la escalera, yo sé, es para subir al cielo, y la trenza será la unión, creo yo, de los vivos con los muertos, de la naturaleza y el tiempo”.



“¿Y cuando eras niña abuela, la mesa se ponía igual que ahora?”, seguía Violeta preguntando curiosa.

“Igualita. En cada casa armaban mesa, con mantel blanco para los angelitos y negro para los adultos. Con su arco de ramas verdes, flores, comidita, bien adornada tenía que estar. Ponían también una lista con los difuntos de cada hogar y unas velas siempre prendidas. Y al fondo, en el muro, colgaban las coronas de flores de papel, que cada familia fabricaba para cambiar las coronas antiguas del cementerio, desteñidas por el sol y el viento.”

“Y como se hace ahora también, en cada casa, en torno a cada mesa, el día 1° de noviembre la gente del pueblo se reunía y los rezadores iban recitando antiguos versos, mientras todos iban transitando, echando agua bendita, quemando hojas de coca, bebiendo y compartiendo el alimento que se ofrece, una y otra vez, casa por casa, durante todo un día.”



“Y ahí se hace el waki”, acotaba Violeta.

“Claro, ahí se hace un waki, -explicaba la abuela-, que es como una ofrenda, tú sabes, se hace con la mano izquierda, porque es para las almas, cada quien tiene que ir echando una cucharada de lo que le sirvan: un poco de cazuela, de patasca, un trago de vino, de refresco, un poco pan, siempre antes de comer. Todo eso se va juntando en una fuente, en cada mesa, en cada casa, y luego se quema en la noche, porque por el humo se convida a las almas. Esa es la costumbre”. Concluía la abuela.

